cuciones debe conducir a la formulación de condiciones necesarias y suficientes (y a partir de ellas de reglas semánticas) para la realización del acto ilocucionario en cuestión: promesas, órdenes... Frente a este método la TGI propuesta por Travis afirma que su fin es generar descripciones de qué promesas, órdenes... se hacen, y, en general, generar descripciones de los casos en que genéricamente se dice algo (a pesar de que 'decir' sea una palabra desorientadora) Dentro de esta argumentación básica el libro considera los consabidos tópicos relacionados: fuerzas ilocucionarias, referencia y predicación, proposiciones. También una cierta novedad: el análisis dentro de la teoría de la conectiva 'si - entonces'.

L.M.V.

Juliet MITCHELL, *Psicoanálisis y feminismo. Freud, Reich, Laing y las mujeres.* Traducción de Horacio González Trejo. Barcelona: Anagrama, 1976, 443 pp.

Los movimientos feministas han solido ver en Freud un enemigo, que afirma que la mujer es inferior y sólo le reconoce su función tradicional de esposa y madre. En cambio, tienden a ver un aliado en las más recientes teorías radicales de Reich y Laing sobre el sexo y la familia.

El libro de Juliet Mitchell *Psicoanálisis y feminismo*, que ha suscitado numerosas polémicas desde que vió la luz en Inglaterra y Estados Unidos en 1974, pretende reconciliar a Freud con el movimiento de liberación de la mujer y sostiene la tesis, que a muchos parecerá paradójica, de que las teorías de Freud son más radicales y ofrecen más interesantes posibilidades que las de Reich o Laing para comprender el funcionamiento de la sociedad patriarcal y para servir de orientación a la práctica política del feminismo.

La obra se divide en dos partes. La primera expone las teorías generales de Freud sobre el inconsciente y la sexualidad y su teoría especial de la feminidad. En la segunda se discuten las teorías de la psicoterapia radical (Reich y Laing) y las críticas que han dirigido a Freud las principales escritoras feministas. Finalmente, en una larga "Conclusión" la autora establece una serie de tesis

muy comprometidas sobre la aplicabilidad de los resultados del psicoanálisis a la teoría y la práctica de la revolución feminista.

En los escritos de Freud, la teoría específica de la sexualidad femenina constituye un apéndice, extrañamente complicado y ambiguo,[1] a la teoría general de la sexualidad y ha sufrido muchas vicisitudes a lo largo de la evolución de la obra freudiana. En la primera edición de los *Tres ensayos para una teoría sexual* (1905), Freud fijó la diferenciación psicológica de los sexos en el comienzo de la pubertad, cuando tiene lugar el desarrollo definitivo de los respectivos órganos genitales. Pero posteriores reflexiones (que coinciden con dos intuiciones claves suyas: la bisexualidad de todo individuo y el complejo de Edipo,[2] muy anteriores a esa fecha) lo llevaron a remontar dicha diferenciación a etapas muy primitivas en la historia de la sexualidad infantil, que se sitúan en la raíz misma de la formación del ego: en el momento del complejo de castración y su relación dialéctica con el complejo de Edipo. En las tres primeras fases: oral, anal y fálica, la sexualidad infantil es aún indiferenciada. Sólo después, cuando la niña se siente herida en su narcisismo al considerar la inferioridad del clítoris respecto del órgano genital masculino tienen lugar el sentimiento de envidia del pene y el complejo femenino de castración, que, a diferencia de lo que sucede en el niño, deberá verse sucedido por la implantación del complejo de Edipo.[3] Entonces es cuando se produce, según Freud, la diferenciación psicológica sexual de la mujer.

Al exponer las teorías generales de Freud sobre la sexualidad infantil y la teoría específica de la sexualidad femenina, cosa

[1] De hecho fue materia de la famosa controversia de Freud con su fiel discípulo Ernest Jones, que siguiendo a Karen Horney oponía la tesis de la simetría de los sexos al "falocentrismo" freudiano.

[2] "Lo intrincado del problema se debe a dos factores: el carácter triangular de la situación edípica y la bisexualidad constitucional de cada individuo" (Freud, "El yo y el ello", 1923).

[3] "En las mujeres el complejo de Edipo es el resultado final de una evolución bastante prolongada. No es destruido, sino creado por la influencia de la castración; escapa a las influencias fuertemente hostiles que, en el macho, tienen un efecto destructivo y, a menudo, no es superado del todo por la hembra... Probablemente no nos equivocaríamos al decir que es esta diferencia en la relación recíproca entre el complejo de Edipo y el de castración lo que otorga un sello singular al carácter de las hembras como seres sociales" (Freud, "La sexualidad femenina", 1931).

que hace con suma prolijidad, Juliet Mitchell manifiesta una voluntad de preservar en toda su pureza la ortodoxia freudiana que recuerda mucho los análisis de Lacan, en los que se inspira. Esto tiene el inconveniente de que la lleva a aceptar dogmáticamente todas las tesis de Freud, sin ninguna modificación crítica y a prescindir casi por completo de posibles evoluciones posteriores de contenido positivo en la escuela freudiana. Insistentemente afirma Mitchell que la problemática de la sexualidad se mantiene para Freud a un nivel psicológico, y no meramente biológico, alegando que son los intentos vulgarizadores de reducir el psicoanálisis a la biología y al sustrato anatómico del sexo los que lo han convertido en una doctrina conformista al servicio de la sociedad establecida.

En la segunda parte, el tratamiento de Wilhelm Reich y R. D. Laing va acompañado de abundante información sobre cada uno que rompe quizá por su excesiva longitud (unas 150 páginas) la línea principal de argumentación en la obra. Para Mitchell ambos autores, a pesar de su radicalismo político, no significan respecto de Freud un avance sino un retroceso por exceso de simplicidad teórica: "estos autores niegan el inconsciente. Reich al considerar que no es más que un pozo de energía biológica, Laing al tratar sus construcciones como si fueran idénticas a las de la conciencia" (p. 362). A continuación, y de modo mucho más breve y sintético, se discute la imagen de Freud en las principales autoras del segundo movimiento feminista: la precursora Simone de Beauvoir (*El segundo sexo*), Eva Figes (*Actitudes patriarcales*), Germaine Greer (*El eunuco femenino*), Shulamith Firestone (*La dialéctica del sexo*) y Kate Millett (*The Sexual Politics*). El punto de vista de Mitchell es, en suma, que "las feministas han producido un ataque innecesario sobre un freudismo desvirtuado por su teoría biológicamente determinista y su terapia de adaptación" (p. 362).

Los intérpretes de las teorías de Freud se dividen en dos grupos: los que las entienden como una modalidad de determinismo biológico y los que ven en ellas el resultado de un análisis social, que es únicamente válido para las circunstancias históricas de una época (en el caso de Freud, para la sociedad puritana de su tiempo). La implicación política más obvia del biologismo es el conformismo y la del sociologismo la voluntad de transformación y

el activismo.

En la primera parte de su obra Mitchell combate denodadamente el biologismo, con lo cual parece dejar vía libre al sociologismo. Pero en la "Conclusión", que contiene sus tesis principales, no sigue ese camino, sino que, curiosamente, procede a defender la validez "universal" de los resultados de Freud. La herramienta que utiliza para salir de este atolladero, lo que hace de un modo más deslumbrante que convincente, es el estructuralismo de Lévi-Strauss. La mitología freudiana del asesinato del padre por la horda primitiva en el origen de la civilización y del complejo de Edipo es puesta en relación con la teoría de Lévi-Strauss sobre la exogamia y el tabú del incesto. Frente al punto de vista de Engels más afín al relativismo sociológico,[4] Juliet Mitchell equipara con Lévi-Strauss patriarcado a civilización y ve el constitutivo de ésta en el intercambio sistemático de mujeres: "Desde un punto de vista cultural, el intercambio legalmente controlado de mujeres es el factor fundamental que distingue a la humanidad del resto de los primates. Es decir, que aunque existen cruciales diferencias biológicas –postura erecta, posición del pulgar, etc.– el intercambio sistemático de mujeres es definitorio de la sociedad humana" (p. 378).

De este modo, así como es la sociedad capitalista la que divide al hombre en burgués y proletario, es la cultura patriarcal la que determina el lugar de la mujer según pautas de parentesco: "*No es en virtud de sus posibilidades procreadoras 'naturales', sino de su utilización cultural como objetos de intercambio (que implica una explotación de su rol de propagadoras) como las mujeres adquieren su definición femenina*" (pp. 411–12).

La principal consecuencia política de este punto de vista es, según Mitchell, que la derrota del capitalismo por el socialismo no es la derrota del patriarcado, que necesita ser derribado mediante una revolución complementaria de la socialista: esta sería la "revolución cultural" feminista, que debería conducir a una sociedad situada no solamente más allá de la lucha de clases, sino también más allá de la desigualdad cultural de los sexos.

Carmen García Trevijano

[4] "Una de las ideas más absurdas que nos ha transmitido la filosofía del siglo dieciocho es la opinión de que en el origen de la sociedad la mujer fue esclava del hombre" (F. Engels, *El origen de la familia*).